



ORTEGA

Cuadro del Sr. Esquivel.

Exposicion de Pinturas,

(Conclusion.)

Introduciéndonos insensiblemente en los salones de la exposicion, y aunque con el sentimiento de haber de pasar en silencio algunos de los cuadros presentados, lle-

gamos á los del Sr. Esquivel, en que por voto general se ha reconocido lo que dijimos al principio de nuestro articulo anterior, un paso más, y un paso de gigante.

Cuando este jóven andaluz llegó años pasados á Madrid, muy pronto se extendió la fama de la extraordinaria facilidad y singular parecido de sus retratos al dño, pero ahora hay que añadir á estos elogios, que á fuerza de copiar el natural con perseverante estudio, ha adelantado sobremanera en la corrección del dibujo, y que además su imaginación ha tomado vuelo, remontándose a la esfera de los sublimes concepciones que conducen al templo de la gloria. Los seis apóstoles que en esta exposición ha admirado el público confirman nuestro juicio: hay reposo y armonía en sus tintas, vigor en el colorido, nobleza en las actitudes, expresión en las cabezas, si bien el dibujo afloja algun tanto en los extremos.

Pero en lo que el Sr. Esquivel ha dado mayor prueba de sus progresos en el arte ha sido en el gran cuadro de la Transfiguración. Penetrada su imaginación de lo sublime, de lo grandioso y magnífico que debió de ser el prodigio del Tabor, ha dado á la figura de Jesús aquella elevada nobleza del dibujo que debe infundir en el que lo mira la idea de la divinidad. La animación, el arrobamiento del rostro del Salvador recuerda el *facta est species vultus ejus altera* de San Lucas, y el bien entendido resplandor, el brillo de gloria que ilumina toda la parte superior del cuadro son la imagen que San Mateo nos presenta cuando dice *resplenduit facies ejus sicut sol*. Basta que el Sr. Esquivel se haya empleado con buen éxito en tan magnífico asunto, luchando con los recuerdos de grandes maestros para merecer los mayores elogios, y por lo tanto sería ridiculo que nosotrospreciados de inteligentes nos echásemos á rebusar defectos en el cuadro de la Transfiguración, obra maestra entre las suyas que hemos visto. Muy lejos de eso, hemos sacado con el posible esmero la copia que en grabado presentamos, muestra necesariamente imperfecta de lo que es en sí el original.

Por el deseo de dar á nuestros lectores los tres dibujos que han acompañado á este artículo, se ha diferido tanto su publicación, que en este momento nos asalta el recelo de que tal vez parezca á algunos desvirtuada de oportunidad la relación que vamos dando de la última exposición de pinturas; así que, procuraremos abreviarla, concluyendo con una ligera mención de otras obras elegidas entre las que á nuestro entender merecen el título de mas notables.

De este número era una copia en miniatura de la virgen del Ferrato ejecutada por la Señorita Doña Teresa Nicolau, en que ha competido gloriosamente con el original.

La copia de un retrato de Goya en que la Señorita Doña Maria del Rosario Weis ha manifestado sus grandes conocimientos en el manejo del lapiz, y la mayor inteligencia en conservar las bellezas del original reduciendo sus dimensiones.

Varios retratos ejecutados por el Sr. Corso de personas muy conocidas en Madrid, por cuya circunstancia todo el mundo ha podido juzgar de la semejanza.

Un cuadro del Sr. Vivas que representa un guarda de campo dormido que ha valido á su autor merecidos elogios. Es lastima que el cielo de este cuadro participe tanto de las tintas de la cabeza haciendo perder á esta mucha parte de su vigor y brillantez.

Un retrato de Señora muy bien ejecutado por el Sr. Ortega: la cabeza sobre todo nos pareció muy bien pintada, aunque no así el fondo del cuadro.

Y por último algunas paítes, bodegones, y cuadros de fantasia cuyo respectivo mérito ha contribuido á ilustrar la exposición.

Juzgando de ella en general, puede decirse que si no tenemos muchos excelentes pintores, no es compara-

tivamente escaso el número de los jóvenes que dan muestras de su ardiente amor al arte, y esperanzas de que siguiendo el buen camino comenzado, llegarán á inmortalizar su nombre dando brillo y esplendor á su país y á la época en que florecieron. Las circunstancias tristes de esta desgraciada época hacen mirar como un verdadero prodigio lo poco bueno que se hace, y realizan el mérito de los que á fuerza de ingenio y noble ambición de gloria, sostienen el desfallecido genio de la pintura, para que no perezca entre los horrores y desastres de la guerra civil. Ojalá llegue pronto el día en que disipadas las nebulas que ahora oscurecen la atmósfera política, veamos en una nueva exposición pública la evidente demostración de que á la sombra de la pacífica oliva, y no entre el estruendo de las armas, es como únicamente pueden florecer las bellas artes.

S. el E.

NOTA. El sistema adoptado en nuestro Semanario Pintoresco, y el carácter especial de esta publicación, nos vedan el dar lugar á la polémica de cualquier linaje que sea: por eso no insertamos el comunicado que se nos ha dirigido elogiando al Sr. Gutierrez, y contra nuestro artículo del núm. 84 relativo á la exposicion de pinturas. Sin embargo, diremos al articulista, que nuestra crítica podrá ser equivocada, pero nunca ofensiva; que el hallar algun defecto en un cuadro no es injurioso á su autor, ni suponer que no haya hecho y pueda hacer otros mucho mejores; que somos muy afectos á la antigua escuela sevillana, y no quisimos acusarla de mal dibujo y colorido, sino insinuar que tal vez el Sr. Gutierrez llevado de su deseo de la imitación (la cual bien dirigida es el camino de la perfeccion) habia sujetado en demasía sus naturales disposiciones, incurriendo en tal cual incorrección de dibujo, en tal cual incongruencia del colorido. Mayores esplicaciones, lo repetimos, no nos parecen propias de este lugar.

PANORAMA MADRITENSE.

MADRID Á LA LUNA.

En el silencio obscuro su belleza
 despierta de nubladas fantasías
 le descubre al punter naturalista.
 PABLO DE CASPEDIEN.

Madrid es para mí un libro inmenso, un teatro animado, en que cada día encuentro nuevas páginas que leer, nuevas y curiosas escenas que observar. Algunos años van transcurridos desde que cansado de estudiar mentalmente en dicho libro, cedí á la fuerte tentación de leerle en alta voz; quiero decir, de comunicar al público mis menguadas observaciones; y sin embargo, todavía no encuentro agotada la materia; antes bien, los límites del campo que me tracé, cada día se retiran á mi vista, en términos que primero que el espacio entendiendo que han de faltarme las fuerzas para recorrerle.

En esta animada óptica, en este panorama moral, unas veces me ha tocado contemplar sus cuadros á la brillante luz del sol de mediodía; otras al dudoso reflejo del crepúsculo de la tarde; cuando embalsamados con el

suave ambiente de primavera; cuando entristecidos por las densas nubes invernales; ya inmensos, agitados y magníficos; ya reducidos á límites estrechos y grotescas figuras.

Pero hasta el dia (lo confieso con rubor), no habia parado la imaginacion en uno de los mas interesantes espectáculos, y estaba muy lejos de sospechar que en aquella misma hora en que apagando mi linterna y cerrando el ventanillo, me entregaba tranquilamente á ordenar en mi memoria cualquiera de las escenas anteriores, la naturaleza provida é infatigable me brindaba con una de las mas interesantes y magníficas; esto es, *Madrid iluminado por la luna*.

Si yo fuera partidario de la escuela raucia, no dejaria de empezar aqui mi narracion por un brillante apóstrofe á la señora Diana, con el *¡oh tú!* de costumbre, y suplicándola que suspendiendo por aquella noche su rato de buceo con el consabido pastorillo cazador, tuviese á bien prestarme su influjo y su *rayo macilento* para dibujar un cuadro tan pálido y dormilon como ella misma.

O bien, siguiendo el moderno estilo, me dejaria de apóstrofes y de deidades paganas, y encaramándome á una altura (la de San Blas por ejemplo), miraria dibujarse en el espacio, y á la luz del astro de la noche las elevadas cúpulas de la capital; mi imaginacion las prestaria vida, y convirtiéndolas en gigantescos monstruos, mirarias

“Levantarse, crecer, tocar las nubes”

y dirigir sus fatídicos agüeros al pueblo incauto que se agitaba á sus pies, y que probablemente seguiria tranquilo su camino sin escucharlas ni entenderlas.

Cualquiera de estos dos extremos prestaria sin duda interés á mi discurso, y convertiria hácia él la atencion de mis oyentes; pero así creo en las visiones fantásticas como en las deidades de la mitología, y eso me dan las metamorfosis de Ovidio como los monstruos de Víctor Hugo; porque en la luna solo tengo la desgracia de ver la luna, y en las torres las torres, y en el pueblo de Madrid, una reunion de hombres y de calles y de casas que se llama la *muy noble, muy leal, muy heroica, imperial y coronada villa y corte de Madrid*.

II.

Hacia ya larga media hora que todos los relojes de la capital sonaban sucesivamente las once de la noche. Los hermosos reverberos, (una de las señales mas positivas del progreso de las luces en estos últimos tiempos) iban negando sus reflejos, y cediendo al nocturno fanal la alta mision de iluminar el horizonte; por manera que el primer rayo de la luna servia de señal al último destello del último farol; combinacion ingeniosamente dispuesta que honra sobremedra á los conocimientos astronómicos del director del alumbrado. Los encargados subalternos de esta artificial iluminacion, recogian ya sus escalas y antorchas propagadoras; las tiendas y cafés cerrando sus puertas despedian polticamente á sus eternos abonados; y los criados de las casas cerrando tambien sus entradas, dirijian una tácita reconvenccion á los vecinos perezosos ó distraidos. Veisse á algunos de estos llegar apresurados á ganar su mansion antes que la implacable mano del gallego se interpusiese entre ellos y la cena; y llegando á la puerta y encontrándola ya cerrada, daban las golpes convenidos, y el gallego no parecia; y volvian á llamar una vez y otra, y se desesperaban grotescamente hasta que se oia acercar un ruido compaseado semejante á los golpes de un batan ó á las descargas de artillería, y eran los férreos pies del gallego

que bajaba, y medio dormido aun, no acertaba la cerradura, y apágaba la luz, y se entablaba entre amo y mozo un dialogo interesante y entre puertas, hasta que en fin abiertas estas iba desapareciendo en espiral el rumor de los que subian por la escalera.

Los amantes dichosos habian concluido ya por aquella noche su periódica tarea de suspiros y juramentos, y trocaban el aroma de sus diosas respectivas por el grato olorillo de la ensalada y la perdiz; en el teatro habia muerto ya el último interlocutor, y *Norma* se metia en el *Simon*, y *Antony* tomaba su paraguas para irse á dormir tranquilamente, á fin de volverse á matar á la siguiente noche; el celoso amo de casa hacia la cuotidiana requisita de su habitacion, y se prapetaba con llaves y cerrojos; la esposa discutia con el comprador sobre varios problemas de aritmética referentes á su cuenta; y el artesano infeliz en su buhardilla descansaba tranquilo hasta que viniesen á herir su frente los primeros rayos del sol.

No todo, sin embargo, dormia en Madrid. Velaba el magnate en el dorado recinto de su gabinete, agotando todos los recursos de su talento para llegar á clavar la volable rueda de la fortuna; velaba el avaro creyendo al mas ligero ruido ver descubierto su escondido tesoro; velaba el amante bajo el balcon de su querida esperando una palabra consoladora; velaba el malvado probando llaves y ganzuas para sorprender al infeliz dormido; velaba el enfermo contando los minutos de su agonía, y esperando por momentos la lux de la aurora; velaba el jugador sobre el oscuro tapete viendo desaparecer su oro á cada vuelta de la baraja; velaba el poeta inventando situaciones dramáticas con que sorprender al auditorio; velaba el centinela mirando cuidadosamente á todos lados para dar en caso necesario el alerta á sus compañeros dormidos; velaba la alta deidad en el baile siendo objeto de mil adoraciones y agasajos; velaba la infeliz escarbando en la basura para buscar en ella algun resto miserable del festin.

Y sin embargo en medio de este general desvelo, la poblacion aparecia muda y solitaria; las largas filas de casas eran un fiel trasunto de las calles de un cementerio, y solo de vez en cuando se interrumpia este monotonosilencio por el lejano rumor de algun coche que pasaba, por el abullido de un perro, ó por el lúgubre cantar del Vigilante que en prolongada lamentacion esciamaba....; *Las doce en punto! y.... sereno*.

III.

No se puede negar que la persona de un *sereno* considerada poéticamente tiene algo de ideal y romancesco que no es de despreciar en nuestro prosaico, material, y positivo Madrid, tan desuso de edad media, de góticos monumentos y de ruinas sublimes.

Un hombre que sobreviviendo al sueño de la poblacion, está encargado de conservar su sosiego, de vigilar su seguridad, de conjurar sus peligros, tiene algo de noble y heroico que no hubieran desdenado Walter Scott ni Byron si hubieran vivido entre nosotros. Dejemos á un lado el mezquino interes que sin duda le mueve á abrazar tan importante comision; no por ser recompensado con otro mas alto deja de ser noble la tarea del defensor armado de la seguridad del pais, la del sbogado, escudo de la inocencia, la del público funcionario, autorizado servidor de los intereses del pueblo.

Cuando todo el vecindario, abandonando sus respectivas tareas entrega sus causados miembros al necesario reposo, cuando los gobernantes abandonan por algunas horas el peso de su autoridad, y los gobernados buscan en

el recinto de sus hogares el grato premio de sus fatigas, el uso positivo de sus más halagüeños derechos, el sereno abandona su modesta mansión, y se arroba á los brazos de su esposa y de sus hijos (que también es padre y esposo) viste su morena túnica, endurecida por los vientos y la escarcha; toma su temible lanzón; cuelga á la puerta el luciente farolillo, y sale á las calles ahuyentando con su vista á los malvados que le temen, como al grito de su conciencia, como al espejo de sus delitos y acusador infatigable de la ley.

Durante su monótono paseo, ora reconoce una puerta que los vecinos dejaron mal cerrada, y les llama para advertirles del peligro; ora sosiega una quimera de gentes de mal vivir rezagadas á la puerta de una taberna; ya impide con su oportuna llegada la atrevida tentativa de un ratero, y salva y acompaña hasta su casa al miserable transeunte á quien aquel asaltó; ya presta su formidable apoyo al bastón de la autoridad para descubrir un garito ó proceder á una importante captura. Noblemente desinteresado en medio de tan varias escenas, deja gozar de su reposo al desventurado vecino, sin exigirle siquiera el reconocimiento por el peligro de que le ha libertado, por el servicio que acaba de prestarle sin su noticia; y cuando todavía en su austero semblante se notan las señales del combate que acaba de sostener ó de la tempestuosa escena que acaba de presenciar, alza sus ojos al cielo, mira la luna, muda, quieta, imposible, como su imaginación; presta el atento oído al reloj que da la hora, y rompe el viento con su voz, exclamando tranquila y reposadamente: ¡La una menos cuarto! y... sereno.

No sé si he dicho, (y sino, lo diré ahora) que aquella noche por un capricho que algunos calificarán de extravagante; me había propuesto acompañar al buen Alfonso, el vigilante de mi barrio, en su nocturno paseo; y que para poder hacerlo con más libertad, había creído conveniente aceptar un capoton y un chuzo como los suyos que me prestó.

No se rían mis lectores de esta transformación de mi exterioridad; otras no tan momentáneas, aunque no menos ridículas, vemos y contemplamos todos los días sin estrañeza; un traje humilde, una corteza grosera, suele á veces encubrir la inteligencia del alma, y cuántas veces un magnífico uniforme suele servir de disfraz á un truco rudo!

Mi voluntario sacrificio de algunas horas tenía por lo menos un objeto noble. Yo soy un hombre concienzudo y chapado á la antigua, que gusto de estudiar lo que he de escribir, y tratándose ahora de las costumbres de alta noche, creí indispensable una de dos cosas; á que el sereno se hiciese escritor, ó que el escritor se transformase en sereno. Lo segundo me pareció más fácil que lo primero.

IV.

Ya había un buen ratillo que andábamos, sin ocurrirnos cosa que de contar sea, cuando al pasar por bajo de los balcones de una casa principal, hirió dulcemente nuestros oídos una grata armonía de instrumentos. Alzamos involuntariamente la vista, y al resplandor de la suntuosa iluminación que exhalaban las ventanas, vimos dibujarse en la pared de enfrente los fantásticos movimientos de mil figuras elegantes que acompañaban los acordes de la orquesta, encontrándose y separándose á compás. Varios grupos estacionarios é inamovibles, ocupando los balcones, formaban entretenidos episodios en este cuadro interesante y animado, y veíanse circular por la sala multitud de familiares, con sendas bandejas distribuyendo refrescos y confitura; y escuchábase el

confuso murmullo de mil diálogos interesantes; y sentíase el aroma de cien químicas preparaciones, y todo era risa y algazara, y movimiento y vida, y dulzuras y placer.

El anchuroso portal decorosamente reloxado con el apéndice del farolón de gas, mirábase henchido de mozos y lacayos que mataban el tiempo cambiando la Calderilla á las sublimes combinaciones de la brisca, ó durmiendo al dulce influjo del mosto bienhechor; y á la puerta varios coches y carretelas demostraban la alta categoría de aquella magnífica concurrencia.

Cuando más embalsados estábamos en esta contemplación, un ruido penetrante que se aproximaba sucesivamente, nos hizo esperar la llegada de nuevas y magníficas carrozas, y ya los cocheros que ocupaban la calle se replegaban y abrían paso de honor á los recién venidos. El ruido, sin embargo, llegó á hacerse sospechoso por una disonancia *sui generis* que no es fácil comparar con otra alguna; y al revolver la esquina de la calle la brillante comitiva, nuestras narices acometidas de improviso nos dieron á conocer la verdad del caso.

Un movimiento eléctrico hizo desaparecer á todos los grupos de los balcones, y cerrar los cristales, y huir todos y refugiarse al medio del salón, y prestarse mutuamente pañuelos y frascillos, y cruzarse las sonrisas y miradas burlonas de inteligencia, y esperar todos á que aquella ominosa nube pasase de largo. Mas... ¡oh desgracia! el imperturbable conductor para y detiene su primera máquina de guerra (en que montaba) delante de la misma puerta del sarao; á su voz le imitan igualmente todos los demás funcionarios con sus respectivos instrumentos, y sin hacer alto en la consternación del concurso, ni en la incongruencia de su determinación se preparan á ejecutar sus profundos experimentos en el pozo mismo de la casa en cuestión.

Los criados corren presurosos á avisar al amo del grave peligro que amenaza; este horrorizado baja la escalera vestido de rigurosa etiqueta con zapato de charol y guante blanco; busca y encuentra al director de aquella escena, le suplica que dilate hasta el siguiente día su operación; otras veces le amenaza, le insulta y... todo en vano; el grave funcionario responde que no está en su mano el complacerle, y que tiene que obedecer al mandato de sus jefes. Este diálogo animado se estereotipa en la imaginación de todos los concurrentes; las damas acuden á buscar sus *señales* y sombreros, los galanes toman capas y *surtaus*; los lacayos corren á hacer arriar los coches; el amo patea, y grita, y ruega á todos que no se vayan, que todo se compondrá; vade le crax, y los salones van quedando desiertos, los músicos envuelven en las bayetas sus instrumentos, y toda la concurrencia en fin gana por asalto la calle, procurando evitar los ominosos preparativos, cerrando herméticamente sus narices, y corriendo precipitados á buscar otra atmósfera no tan mefítica y angustiosa.

Nuestro auxilio no fue del todo inútil en tan crítica situación, antes bien pudimos servir y servirnos con efecto á reanir las discordias parejas que por efecto de la distracción y aturdimiento propios de semejante catástrofe, tomaban un coche por otro, ó emprendían un camino diametralmente opuesto al que llevaba la familia. Uno de estos grupos episódicos reclamó mi auxilio, para disipar sin duda con mi presencia cualquier sospecha que pudiera infundir á un marido, por poco celoso que fuese, el verlos llegar tan solos y á tales horas. Comprendí, pues, toda la importancia de mi papel, que era nada menos que representar á la sociedad, defendiendo los derechos del ausente, y en su consecuencia traté de llenar mi deber en términos, que sospecho que el galán más

de una vez me dió á todos los diablos, y hubiera querido no haber tropezado con mi inevitable favor.

Al avistar la casa de las señoras, vimos usomar por otra esquina á la demás familia, acompañada casualmente por el buen Alfonso. Trocados el santo y seña, nos reconocimos todos, depositamos nuestro respectivo *convoy*, y yo observando las miradas escrutadoras del esposo, y su enojo mal reprimido, no pude menos de verter una gota de bálsamo en su corazón. "Tranquílicese V. (le dije al oído) su esposa de V. es todavía digna de su amor; la sociedad entera ha velado por ella en mi persona; pero cuenta, señor marido, que no todos los días está la sociedad de *vigilante*, ni todos los faroles son tan concienzudos como el mío." — Dicho esto desaparecimos bruscamente sin dar lugar á mayores explicaciones con el buen hombre, que no acertaba á volver del pasmo y á dar gracias á la sociedad que por servirle se había escondido bajo el pardo capuchón de un sereno.

No habíamos andado largo trecho, luego que nos quedamos solos, cuando al revolver la esquina de una callejuela, hicieron simultáneamente nuestros oídos varias voces acongojadas que gritaban ¡*favor!* ¡*ladrones, ladrones!* — Redoblamos nuestros pasos; Alfonso suena su pito, y muy luego por todas las boca-calles vemos relumbrar sucesivamente los faroles de sus compañeros que acuden á la señal. Corre la voz de que hay peligro; ocupanse oportunamente los desfiladeros, y de allí á un instante se siente una carrera precipitada de uno que escapa gritando: "A ese, á ese, al ladrón, al ladrón." — Los guardas de la noche no se dejan engañar por este ardid, antes bien enfilan sus lanzones, dirigiéndolos hácia el que corre; éste, viendo ocupadas todas las salidas, intenta volver atrás; mas ya no es tiempo; el círculo de los serenos se estrecha, y se encuentra el malhechor en medio de ellos; sufriendo su terrible interrogatorio, y los más temibles reflejos de los faroles, asustados á su semblante, y á cuyo resplandor se revela en él la turbación del crimen, que en vano intenta disimular. Cuadro interesante y animado, no indigno por cierto del pincel de nuestros célebres artistas.

Allí mismo se improvisó una cuerda, y ligado convenientemente fue encargado á dos de los aprehensores para conducirlo al cuerpo de guardia, en tanto que los demás corrían á prestar su auxilio á los vecinos de la casa asaltada. Estos juraban y sostenían que algun otro malvado se había escurrido hácia los tejados; y así era la verdad, y que sin duda lo hubiera conseguido, gracias á la ligereza de sus piernas, en contraposición á la gravedad de las de los perseguidores, á no haber asomado en aquel mismo momento la ronda del barrio con sus respectivos alguaciles de presa, los cuales destacados que fueron al ojeo, regresaron muy luego de las alturas trayendo muy bien acondicionado al fugitivo.

"Todas las cosas á ratos
tienen su remedio cierto,
para pulgas el desierto,
para ratones los gatos."

Disipada en fin aquella tumultuosa escena, volvimos Alfonso y yo á nuestro solitario paseo; y aquel que vió restablecido el silencio, y que era la ocasión oportuna para volver á leer la sonoridad de su garganta; tosió dos veces, escupió, echó la cabeza fuera del capuchón, y con brio y magestad lanzó al viento el consabido canto llano... ¡*Las dos en punta!* y... serena.

En este mismo instante empezaba á nuestra espalda otra escena que á juzgar por la abertura no podía menos

de ser brillante y divertida. Una escogida orquesta de cencerros y esquilonos, almireces y regaderas, obligada de periódicos bemoles producidos por aquel instrumento grosero, hasta en el nombre, formaba un estrépito original y extravagante que contrastaba singularmente con el silencio anterior. Semejante modo de hablar simbólico tiene esto de bueno, que expresa rápidamente, y no dá lugar á dudas ó interpretaciones. Así que luego que oímos el sonido del cencerro, no dudamos que aquello podía ser una *cencerreda*, y al escuchar los fúnebres acordes de la *Lira de Medellín*, luego nos figuramos que se trataba de boda ó cosa tal.

Era en verdad; y los malignos felicitadores dirigían aquel agasajo á un honrado tabernero que en aquel día acababa de trocar sus doce lustros de vida y sus cuatro de viudez con una calceitera también viuda, también vieja, y también honrada; determinación heroica y altamente social que en vez de ser recompensada con tiernos epitalamios y coronas de laurel, celebraban sus amigos con aquella algazara que es ya de estilo para el que vuelve á encender segunda vez la antorcha del linaje.

Un sentimiento de piedad, que sin duda produjo en Alfonso el recuerdo de su esposa, le movió á proteger la inviolabilidad de aquel primer sueño conyugal, y á disipar aquella tormenta que por lo menos tendía á interrumpirle por largo rato. Consiguílo en efecto, gracias á su persuasiva autoridad, y luego que vió desamparada la calle, no pudo resistir á un movimiento de orgullo, dando á conocer al tendero el servicio que acababa de dispensarle, y exclamó: ¡*Las dos y medio!*... y sereno.

"Gracias, amigo", dijo á este tiempo una aguardentosa voz, escapada de una como cabeza que asomó envuelta en un gorro como verde, por el ventanillo de la tienda. Y tras esto una mano amiga pasó por el mismo conducto un vaso de Carinena que hizo regocijar al buen Alfonso, el defensor del orden público y de los derechos conyugales.

Nuevos y nuevos sucesos exigían en aquel momento nuestra franca cooperación. Una mujer desgreñada y frenética atravesaba la calle para rogarnos que fuésemos á la parroquia á pedir la extrema-Unción para su hijo... y por el opuesto lado un hombre sin sombrero, y sin corbata, nos acometía empuñándonos á acompañarle para ir á casa del comadron á rogarle que viniéramos á ejercer su ministerio cerca de su esposa. Fue, pues, preciso dividimos tan importantes funciones; el compañero marchó con la mujer á la parroquia, y yo á casa del comadron con el marido. Y al volver á encontrarnos, el uno con el nuncio de la vida, y el otro con el ángel de la muerte, no sé lo que pensaría Alfonso; pero yo de mí se decir que me ocurrieron reflexiones que acaso no dirían mal aquí.

Una sola calle en todo el cuartel no habíamos visitado en toda la noche, negándose constantemente Alfonso á entrar en ella, no sin excitar mi natural curiosidad. Pero en fin instado por mí, y sin duda conociendo que ya podría ser hora oportuna, penetramos en su recinto, y luego reconocí la causa misteriosa de aquella reserva. Erase un apuesto galán embozado hasta las cejas, y tan profundamente distraído en sabrosa plática con un bulto blanco que asomaba á un balcon, que no echó de ver nuestra llegada, hasta que ya inmediatos á él, Alfonso tosió varias veces, y acercándose al preocupado galán, "Buenas noches, señorito — ¿Cómo? pues qué hora es? — Las tres y media acaban de dar. — Un profundo suspiro, que tuvo luego su eco en el

balcon, fue la única respuesta. Y el hulto blanco desapareció, y la misteriosa espía también.—

Al llegar aquí no pude menos de respetar en Alfonso el Dios tutelar de aquel misterio, y comparando esta escena con la anterior, eché de ver que entre la vida y la muerte hay todavía en este mundo alguna cosa interesante y placentera.

Patético iba estando mi imaginación, sin que bastase á distraerla el sabroso diálogo que poco despues entablamos con un hombre que yacía tendido en medio de la calle, el cual inspirado por el inslajo del mosto que encerraba en su interior, se soñaba feliz en los brazos de su esposa, y dirigía sus caricias al inmediato guardacanton, asunto eminentemente clásico, y digno de la lira de Anacreonte.

En esto un perro ladró; y luego ladraron dos perros, y despues cuatro, y en seguida diez, y por último ladraron todos los perros del barrio, y Alfonso exclamó con alegría—«ya viene Colás; y el día no puede tardar tampoco.»—¿Y quién era (exclamarán sin duda mis lectores) este nuncio del sol, este héroe matinal, á quien aclamaban en coro todos los cuadrúpedos vivientes?—¡Allí que no es nada! Era Colás, el investigador de misterios escondidos entre el polvo y la inmundicia, el descubridor de ignoradas bellezas, químico analizador de la materia, substancia que se adhiere á las substancias de valor, disolvente metal que sabe separar el oro de la liga y vengar con su ciencia la injusticia de la escoba. Armado con su gancho protector, recorre sucesivamente los depósitos que los vecinos han colocado á sus puertas, y busca su subsistencia en aquellos desperdicios que los demás hombres consideran por inútiles y arrojadizos. Y como la raza canina cuenta también con aquellos mismos desperdicios como base de su existencia, y la ley (¡injusta ley hecha al fin por los hombres!) ha investido al trapero de una autoridad perseguidora hácia aquella clase, no hay que extrañarse del natural encono con que le miran, ni que las víctimas saluden á su paso al sacrificador, con aquel interés con que lo harían si el fuera Ministro de Hacienda, y ellos fueran los contribuyentes.

En sabrosa plática departían Alfonso y Colás sus mútuos sentimientos, entre tanto que yo apoyado en una esquina saboreaba las consideraciones que me inspiraba aquella escena, y ya me disponía á abandonarla y á despojarme de mi misterioso disfraz, cuando el sonido de una campana extraña llamó rápidamente la atención de Alfonso que con el mayor interés interrumpe su diálogo, aplica el oído, cuenta uno, dos, cuatro, cinco golpes; y exclama... ¡Las cuatro menos cuarto!... y ¡fuego en la parroquia de Santa Cruz!

Inmediatamente corren precipitados toda las serenitas; cuales á avisar á los obreros, cuales á reunir á los aguadores de las fuentes; estos á acompañar las máquinas, aquellos á dar aviso á la autoridad. En un momento las calles se pueblan de gentes que corren hácia el sitio del incendio; los carros de las mangas parten precipitados para alcanzar el premio de la que llega primero; cruzan las ordenanzas de los puostos militares; aparecen las autoridades con sus rondas; y unos y otros reslayan por distintos puntos al sitio del incendio. Esta escena era magestuosa é imponente; iluminada de un lado por los últimos rayos de la luna, de otro por el lúgubre resplandor de las llamas; animada por un conjunto numeroso de operarios que acudían á hacer trabajar las máquinas, á extraer las personas y muebles, á cortar el progreso del incendio, ofrecía un golpe de vista por manera interesante y animado.

No faltaban, en verdad, sus grotescos episodios; no

faltaba mango que exhalaba su respiración por un lado dirigiendo su benéfico raudal á la pared de enfrente, no sin grave compromiso de los curiosos vecinos que campeaban en los balcones; no faltaba hombre aturdido que para salvar de las llamas un precioso reloj, le arrojaba violentamente por el balcon; ni quien propusiera apagar el fuego á cañonazos, ni quien derrivar una casa inmediata para ponerla á cubierto de todo temor.

Pero el celo era grande; la filantropía de la mayor parte de los operarios, digna del mas cumplido elogio. Los serenos colocados en semicírculo delante de la casa incendiada, custodiaban los efectos; las patrullas disipaban á la parte innecesaria de la concurrencia; los vecinos prestaban sus casas á los infelices víctimas de aquella catástrofe; la autoridad procuraba regularizar los movimientos de todos y dirigirlos al fin comun. Por último, despues de un largo rato de inútiles tentativas, pudo llegar á cortarse el vuelo de las llamas, y sucesivamente todo fue entrando en el orden, hasta que ya disipado el peligro cada uno pensó en retirarse á descansar.

Los cantos de las aves anunciaban ya la próxima aparición de la aurora; las puertas de la capital daban entrada á los aldeanos que acudían á proveer los mercados; las tiendas de aguardiente se entrembrian ya para ofrecer su alborada á los mozos compradores; los ancianos piadosos, seguían el misterioso son de la lejana campana que anunciaba la primera misa; y los honrados guardas nocturnos iban desapareciendo y apagando sus ya inútiles faroles.

Alfonso á este tiempo, hizo alto delante de una modesta habitación, y con mayor alegría que en el resto de la noche exclamó: *Las cinco en punto!* y... — *«Ya bajo»*—le contestó desde la buardilla una voz que supuse desde luego ser la de su cara mitad.

Conoci que era llegada el momento de separarnos; entreguéle chuzo y capoton, y restituído á mi forma primera, volví á ser actor en un drama agitado del que toda la noche habia sido sereno é indiferente espectador.

El Curioso parlante.

VENTAJAS DE LA ADVERSIDAD.

CUENTO MORAL.—(Conclusion.)

Consecuente con esta noble resolución comenzó inmediatamente un asiduo curso de lectura, al cual dedicaba no solo el día sino una gran parte de la noche, y pronto halló la recompensa de su laboriosidad, en la satisfacción que le producía el haber obrado bien, unida á la sensación de placer que experimentaba su espíritu en el ejercicio de una ocupacion honrosa, goces que desconoció mientras que fue conde de Glenthorn, el que antes miraba como un intolerable castigo el menor esfuerzo de la imaginación, se deleitaba ahora en ejercitar las facultades intelectuales de que le habia dotado la naturaleza. La consideración de los motivos que le habian inducido á adoptar aquel género de vida, era tambien otro manantial de satisfacciones, y todo contribuyó á disipar enteramente aquel fastidio que hasta entonces habia acibarado su existencia.

Terminados sus estudios en Irlanda el Sr. Donogoo, pasó á Londres á concluir su carrera en los tribunales superiores; perseveró allí en el rigido y laborioso plan que con tan noble decision habia seguido en Dublin.

y los resultados fueron proporcionados á los medios puestos en acción para obtenerlos. Adquirió un conocimiento profundo de su profesion, que unido á su talento natural nada común, ofrecien garantías de acierto.

Así que concluyó su carrera, volvió el Sr. Donogoe á Dublín donde abrió su bufete de abogado. Sus ganancias no pasaban al principio de 2 guineas (200 rs.) semanales, pero esta suma aunque pequeña, era para él un tesoro inestimable como precursora de ventajas futuras, pues entre las muchas lecciones útiles que le había dado la experiencia fue una de ellas, y tal vez la mas importante, que los gozes adquiridos con la propia industria son los mas apreciados. Por algun tiempo fueron de poca consideracion las ganancias del Sr. Donogoe, pero su reputacion como letrado hábil é instruido se generalizaba dia en dia, y muy luego se presentó una ocasion que abrió de afanzarla, allanándole el camino á la fortuna.

Habiendo enfermado repentinamente uno de los abogados en una causa importante, fue elegido Donogoe en su lugar, y habló con tanta elocuencia y fluidez, que excitó la mayor admiracion en el tribunal. Apenas acabó su defensa resonaron por todas partes repetidos aplausos: el pleito se ganó, y desde aquel instante fue considerado Donogoe como el abogado mas hábil del foro irlandés.

Entre las personas notables á quienes visitaba por entonces se hallaba Lord Y... sujeto adornado de bellísimas cualidades, y que tomó el mas vivo interes en la prosperidad del joven letrado. En su casa conoció este á la señorita Delamur, joven amable, virtuosa y bella, quien por una singular coincidencia era heredera presuntiva de los estados de Glenthorn, siguióse al conocimiento el afecto mútuo, y á este, poco despues, la union de los amantes.

Entre tanto el castillo de Glenthorn era una continua escena de desórdenes y vulgar disipacion. El pobre Cristian (cuyo nombre seguiremos dándole aunque generoso y bien intencionado, no tenia suficiente prudencia ó energia de espíritu para gobernar su familia. Su mujer llenaba el castillo con tribus de sus anteriores amistades, y á él tenian que llevarle todas las noches á la cama en un estado deplorable de embriaguez. Para mayor afliccion del pobre Cristian, su hija Juanillo, por quien se habia él sometido al trabajo de ser conde, habiendo prendido fuego una noche por descuido á las cortinas de su cama, pereció en las llamas que consumieron despues todo el castillo. No pudiendo resistir por mas tiempo las penurias de su posicion, escribió Cristian al Sr. Donogoe, que habia tomado el nombre de Delamar como mas eufónico, informándole de lo que habia sucedido. Esta carta llena toda de rasgos característicos de su autor terminaba así: "Os escribo, ya que estais casado, de lo que os doy el parabien, con la señorita Delamur que es la heredera de todo esto, para suplicaros que vengais á tomar posesion de ello inmediatamente, pues yo estoy ya poco menos que muerto, y no podría, aunque quisiera, oponerme. Quiero volver á mi fragua, donde con la ayuda de Dios olvidaré lo que ha pasado. En cuanto á mi mujer puede buscar su vida por otro lado si no quiere vivir conmigo. Así como así no la incomodaré mucho. Dios os bendiga y venid como antes á reinar sobre nosotros seguros de que me hallareis como siempre vuestro fiel hermano.—Cristian."

El castillo se está ahora reedificando, añade el Sr. Delamar en la memoria que termina con la carta anterior, y cuando esté concluido y vuelva yo á habitarle, escribiré, si el público lo deseara, un traslado fiel de mis sentimientos é ideas. Mi discordeo que no caerá de nuevo en la indolencia. Mi entendimiento ha sido cultivado, he tomado gusto á la literatura, y el ejemplo de Lord Y...

me demuestra que un hombre noble y opulento puede tambien ser activo y feliz.

El relato que antecede nos hace ver que por el esfuerzo de su talento combinado con un grado extraordinario de perseverancia y el ejercicio de sus facultades intelectuales, consiguió Delamar superar las desventajas de su posicion singular. Abandonado á sus propios recursos, bastaron bastado estos sin el auxilio de la opulencia ni el rango, á conducirle á la riqueza y á los honores, proporcionándole ademas el placer de pensar que la adquisicion de uno y otro era la obra de sus propios méritos. La mas grata y satisfactoria de las reflexiones.

VARIETADES.

Mr. Scott, natural de Exeter en Inglaterra, pasó la mayor parte de su vida viajando. Su puntualidad en cuanto emprendia y un método inalterable de vida, le hicieron celebre en toda la Gran Bretaña, al propio tiempo que una conducta hasta el extremo metódica y una actividad suma legrangearon crédito y bienes de consideracion. Por espacio de muchos años todos los dueños de las posadas en que paraba en los condados de Devon y Cornualles sabian el dia y aun la hora en que llegaría á su casa. Poco antes de morir ocurrió un acontecimiento que muestra la exactitud de este hombre. Viajando un caballero por el condado de Cornualles hizo alto en una posada insignificante de Puerto Isaac. Deseando comer pidió al mozo la lista de lo que habia, pero no agradándole nada de cuanto esta contenía, iba á pedir alguna cosa de su gusto, mas reparando en un hermoso plato que estaban asando: "Con ese tengo suficiente" le dijo al mozo. "No puede ser" le contestó el criado, "porque esa ave la estamos preparando para Mr. Scott de Exeter." "Conozco perfectamente á Mr. Scott" contestó el caballero, "y me consta que no está en vuestra casa." "Es verdad, señor" repuso el mozo, "que actualmente no está, pero como cosa de seis meses ha (que fue la última vez que estuvo), nos encargó le tuviesemos un plato asado para comer este mismo dia á las nos en vuestro;" y con el mayor asombro vio el viajero entrar por la puerta de la posada al mismo Mr. Scott, unos cinco minutos antes de la hora señalada.

Cierto Papa, que de una situacion oscura habia sido elevado á la silla pontifical, fue visitado inmediatamente por una diputacion, compuesta de los principales personajes de una pequeña aldea, en que habia desempeñado por algun tiempo los deberes de párroco. Parece que habia prometido á los habitantes de dicha aldea, que haria algo en su favor siempre que se le presentase ocasion de verificar sus deseos; y el cumplimiento de esta promesa era lo que pedian los comisionados concediéndoles *dos cosechas todas las años*. El Papa accedió gustoso á su peticion monera, bajo la condicion precisa de volverse inmediatamente á su aldea, y arreglar de una manera tal el almuerzo de su término, que cada año de él constase de veinte y cuatro meses, idénticos á los reconocidos por los demas países en que regia el almuerzo general.

Cuando el globo aerostático fue inventado, le preguntó al doctor Franklin un hablador, que para qué servia? El doctor contestó á esta pregunta con otra,

diciéndole: ¿Para qué sirve un niño recién nacido? Puede llegar á ser un hombre.

Los chinos afectan despreciar la superioridad de ingenio de los europeos, pero no pueden componer un reloj una vez descompuesto. Cuando se les rompe una de las infinitas piezas de que se compone esta complicada máquina, y el reloj se para, quedando inútil para el objeto que sirve, dicen que *ha muerto*, se quedan muy satisfechos, y en seguida le cambian por uno vivo.

En cierta pequeña tribu de la América del Norte, luego que se levanta y sale de su choza el Príncipe saludando al Sol dándole los buenos días, y en seguida le señala con el dedo el curso que debe llevar por todo aquel día; queriendo manifestar con esto que hasta las leyes de la naturaleza dependen de su poder.



LOS GERVO.

Entre las diferentes especies de cuadrúpedos que habitan sobre la superficie de la tierra, merecen particular atención los de la Australasia por tener todos ellos, excepto el perro salvaje que debe ser una importación, una bolsa en el bajo vientre, particularidad que los distingue de las demás especies, y en donde meten y conducen sus hijuelos recién nacidos. Esta bolsa tan notable y maravillosa y otras cualidades del *Gervo*, del que hay varias especies, le hizo desde luego un objeto de curiosidad para los naturalistas europeos.

Los Gervos son del tamaño de una oveja grande; los cuartos delanteros y la cabeza son pequeños; tienen las orejas en continuo movimiento semejante á las liebres y conejos; las manos ó patas de adelante son cortas, con las garras provistas de cinco dedos cada una; unas y otras las emplean como brazos y manos, y nunca se sirven de ellas para andar, excepto cuando pisan. Las patas son tan largas como el cuerpo terminadas en una especie de pezuña provista de uñas agudas, y la cola es

fuerte y larga. Las patas de atrás y la cola son los medios de que se vale este animal, de que tenemos una muestra en la casa de las fieras del Retiro, para correr, ó mas bien para saltar que es lo que verdaderamente hace.

Los habitantes de la Australasia los cazan con perros enseñados expresamente á perseguirlos y atacarlos. Si el terreno es pantanoso, los perros no tienen probabilidad alguna de alcanzar su presa á pesar de su ligereza y ferocidad; el Gervo vence cuantos obstáculos le presenta el terreno, cruza los pantanos ó marjales, lo que no puede conseguir la jauría que le persigue, y evadiéndose de sus enemigos gana pronto las cuevas que le sirven de asilo. Pero si el terreno es llano, su suerte es enteramente diferente; perseguido, hostigado, no teniendo suficiente ligereza para escapar de la furia de sus veloces enemigos, y fatigándose mucho por los continuados saltos, se ve obligado á pararse y hacer frente; si tiene que lidiar con un agresor solo, le espera sentado en sus patas traseras, preparándose para cojer á su enemigo entre las patas de adelante, que le sirven, como antes hemos dicho, de brazos; en esta posición se opone constantemente á su adversario, acechando la ocasión oportuna de atacarle con ventaja, de tirarle por tierra, y despedazarle con las poderosas uñas que adornan sus pezuñas; pero estos no son aun todos los ardidés de que se vale su gran sagacidad. La facultad de tenerse y andar de pies, le proporciona el hacer uso de una estratagemá con que no pocas veces consigue el fin que se propone; la destrucción de su antagonista. Si en su persecución encuentra un cenagal, ó un riachuelo poco profundo, al momento escoge este sitio para teatro del combate; allí es donde muestra toda su astucia y los medios que la naturaleza le ha dado para su defensa; el perro, que tiene bastante atrevimiento para perseguirle aun en semejante sitio, es perdido sin remedio si el resto de la jauría no le ayuda; el Gervo cuya talla superior le permite tener la cabeza fuera del agua, termina generalmente el combate sumergiendo á su adversario, ahogándole con la ayuda de sus patas de atrás, con las que le tiene agarrado bajo la superficie del agua; pero si los perros son muchos y prudentes, cualquiera que sea la arena de la pelea, todas las probabilidades están á favor de la jauría y de los cazadores; atacado por detrás al propio tiempo que por delante, le derriban con facilidad, y dan muerte sin piedad alguna. Los indígenas que le cazan y persiguen con gran empeño, le matan con azagayas, (dardo arrojado de que usan los maris) ó bien rompiéndole con una maza los remos de detrás cuando los perros consiguen hacerle parar.

La carne de los Gervos aunque no es crasa es de bastante buen gusto, y algunos la califican de excelente y de fácil digestión; pero desgraciadamente el número de ellos ha disminuído mucho en los cantones habitados de aquella parte del mundo. En ninguna época han abundado lo suficiente para ser considerados como medio seguro de subsistencia. Por lo demás ningun otro país sobre la superficie del globo, por favorecido que haya sido en otras cosas, puede presentar á las tribus errantes y holgazanas, un número tan grande de animales salvajes para subvenir á las necesidades de una población numerosa. Las hordas de indígenas que viven de la caza, aun en los vastos campos de la América, están siempre en un estado de miseria y escasez, por todas partes sujetos á enfermedades que disminuyen mucho su número, y condenados á una inferioridad grandísima comparados con las colonias de europeos, destinados á enseñarlos la verdadera condición del hombre.

L. G.